



LETRAS EN EL ÁGORA

Francisco Ruiz Martínez

FRANCISCO MARTÍNEZ NAVARRO, LITERATO

Francisco Martínez es literato (me gusta esta palabra, casi en desuso). Sus ideas, sus sueños, los expresa a través de la literatura. Un universo impregnado de la palabra, también de paciencia para mejor recorrer el camino de la creación.

Su formación universitaria vino de la mano de la Filología Hispánica. La palabra le debía llevar a ser un mejor comunicador de la lengua y la literatura. Yo estaba acostumbrado a asociar su nombre al de la poesía, por algo tan sencillo como haber coincidido en lugares comunes recitando. Pero no, es un creador de los que llaman multidisciplinar, porque se mueve con agilidad y maestría en varios géneros de creación. Ahí está su participación en artículos de periódicos y revistas, en la narrativa con casi una decena de libros publicados, y muy diversos argumentos: aventuras, ciencia ficción... Creo que, además, es un gran hacedor de hermosos títulos de sus obras, quizás porque la poesía siempre está por ahí (*Aprendices de árboles, Tú eres la estancia, Mundos, Mujeres...*).

El teatro es una disciplina en la que Francisco se adentra una y otra vez, que su amor por los textos dramáticos ya lo dejó bien claro en su tesis doctoral sobre la Semiótica del teatro, profundizando en el análisis de los montajes que se vienen desarrollando de *La dama duende*, de Calderón de la Barca. Escribe teatro y estrena sus obras (doble complejidad).

La creación de Francisco no tiene límites, ¿por qué debiera haberlos?, y posiblemente se confundan en algunos momentos de ese proceso las distintas atmósferas, los diferentes planos donde unos y otros se desarrollan (sabía esa

niebla que quizás aúna). Somos los lectores, o los espectadores, los que debemos encontrar esos puntos de unión, porque lo suyo es un continuo desafío a los esquemas preestablecidos, patrones innecesarios.

La autoreseña que me traslada Francisco, dice lo siguiente:

Francisco Martínez Navarro (Almería, 1959), Licenciado en Filología Hispánica. Doctor en Semiótica del teatro y Profesor de Enseñanza Secundaria.

En el ámbito de la crítica literaria, mi tesis estuvo basada en el análisis de montajes contemporáneos de *La dama duende*, de Calderón de la Barca. En el 2005 publiqué el estudio preliminar de la edición facsímil de la obra del escritor Miguel Damato: *Divagaciones pedagógicas sobre la historia y el Quijote*. Me complació prologar el libro de Antonio García Fernández: *La eterna promesa*, editado por El Gaviero. He colaborado en revistas de pensamiento y creación, como *Ficciones*, *Rayuela*, *Cuadernos de Caridemo* y *Salamandria*. Y en la organización de las Jornadas de Teatro del Siglo de Oro de Almería entre los años 2004 y 2010. He sido efímero articulista en el diario La Voz de Almería, durante la pandemia. En 1999 apareció mi primera obra de teatro: *Un minuto de silencio*.

En el ámbito de la narrativa obtuve el accésit del XVI premio de novela corta Gabriel Sijé con la obra, *Arifatos el cínico*. Otras obras: *Huidas y retratos* (1994, relatos); *Aprendices de árboles* (2000); *Tú eres la estancia* (2013, novela histórica ambientada entre Andalucía y Madrid a fines del s. XVI); *Misión vertical* (2016, novela de aventuras y ciencia ficción); *Mundos, mujeres* (2021); *La mayor revolución jamás marginada* (2023, relatos de Ciencia Ficción); *Irracional* (2024, prosa poética junto a fotografías de Cristóbal Carretero). En 2023 se estrenó la obra, *Latidos de Almaryya*, de cuyo texto soy autor. Actualmente sigo trabajando en textos teatrales: dos de ellos van a ser llevados a las tablas en este 2025.

En el ámbito de la poesía trabajo en un libro a pesar de mi escritura; quiero decir que confío menos en las palabras que pongo que en la emoción de la que participo. Como todas, es universal y patrimonio de la comunidad, no mío. Primero soy buscador; después, escritor. “

Con Francisco he mantenido este diálogo:

—En los puestos de gestión de la cultura, a cualquier nivel, la preparación, la formación del responsable debiera ser prioritaria, y no tanto la ideología, aunque sea esta una mochila que todos llevamos todo el tiempo. ¿Esto debiera ser así? ¿Qué requisitos debiera cumplir ese responsable?

—Los encargados de promover la cultura desde las instituciones públicas deberían tener una acreditada y no mínima formación cinematográfica, literaria, plástica. No ser simples funcionarios puestos ahí porque no había otra cosa para ellos. Y también les pediría dos requisitos para mí muy importantes:

UNO. Estar al tanto de la música o el cine o el teatro o lo que sea se haga en su demarcación, para promocionarlo dentro y fuera de la misma. Para eso hace falta tener criterio y saber qué tiene calidad y qué no.

DOS. Separar Ocio de la Cultura. Ocio es el Comandante Lara, El Club de la Comedia, La Feria del Mediodía... Considero un error gravísimo y extendidísimo llamarle 'cultura' a todo espectáculo que ponga en comunicación a dos o más personas.

—En los momentos de soledad —elegida o no—, en los silencios..., ¿van acompañados de música? ¿Qué música? Jazz, pop, ópera...

—Me gusta la música instrumental que hace soñar: “space ambient”, “new age”. Y, sobre todo, la música celta. No soy ni entiendo el flamenco, nací en Almería y vivo en Almería pero emocionalmente no soy andaluz.

—¿A un creador de teatro le gusta el cine? ¿Qué tipo de cine, y cuál crees que es el motivo para que sea ese y no otro?

—Sí. Me gustan las películas realistas que tienen sus personajes “redondos”, es decir, con muchos matices y contradicciones. También las que me engañan, es decir, las que por su argumento orientan al espectador hacia un desenlace esperable que al final no es. Como se puede ver (je je je), deformación profesional.

—¿El autor de textos dramáticos debe pensar durante la elaboración, en todo momento, en la representación de esa obra en un escenario? ¿Se puede escribir teatro para que solo pueda ser leído?

—El autor de textos dramáticos creo que no puede dejar de pensar en cómo se representará su obra. Cuando escribe, su mente está en una escenografía que solo existe en su cabeza. Pero, a la hora de la verdad, es el director quien tiene la obligación de convertir unas hojas manchadas de tinta en un espectáculo. Para ello, el autor debe renunciar a su “película” interior. Esto no lo vivo como tragedia, sino todo lo contrario: de una ambientación necesaria en el momento de escribir, se pasa a una ambientación real que permite que el texto sea conocido. No creo que se pueda escribir teatro solo para ser leído.

—¿El autor puede autocensurarse (por miedo a la crítica), cuando trabaja en su obra, para así evitar ir contra las normas o planteamientos generalmente aceptados por la sociedad? ¿Se puede obviar la denuncia o tergiversar la verdad en una sociedad democrática y occidental como la nuestra?

—Pues... me encuentro en ese dilema (je je). Hay que tener cuidado con esto. Porque todos somos muy valientes... en la mesa de trabajo delante de una pantalla. Y a todos y todas se nos calientan las teclas de vez en cuando. Creo que hay que ser mesurado siempre. No tengo un carácter incendiario. Busco la armonía. Y no la encuentro. Nadie, y mucho menos un escritor, debe renunciar a la denuncia. Entre no ofender innecesariamente y señalar la injusticia... la elección no es fácil. Estoy divagando.

Mi caso: veo cosas en la sociedad (en mi calle, en mi ciudad, en mi país) que NO ME GUSTAN NADA Y VAN AUMENTANDO PORQUE NO HAY QUIEN LAS PARE. A ver si pongo a funcionar la neurona que me queda y acierto con la tecla. Con la tecla templada.

—¿Cuando un artista proyecta sus sentimientos, debiera ser siempre sincero al llevarlos al papel?

—Por supuesto que no. Escribir para mí no es solamente un desahogo. Bueno, sí lo es, pero no me gusta ponerme a mí mismo en la diana, o el pedestal. Otra cosa

es que la “mochila” emocional que llevamos a la espalda y que tanto pesa, a menudo nos suministre el combustible que toda historia necesita para ser creída.

—Eres un artista que busca poesía, teatro, ensayo, etc. Si nos atenemos a tus publicaciones, ¿por qué te decantas por el teatro?, ¿qué no encuentras en los demás?

—Ahora me decanto por el teatro, porque los libros de narrativa que tengo por ahí no han sido un buen molde para expresarme. El teatro me da la opción de trabajar en equipo.

—En música, en una partitura es indispensable el silencio. En poesía igual. También debiera ser en nuestra vida. ¿Y en tu obra, en ti?

—El silencio es mi gran aliado. Pero a veces me ha traicionado y no he intervenido cuando debería haberlo hecho. Por mi carácter, prefiero estar callado y escuchar. Me equivoco menos así. En mi obra también es importante el no hacer, el no escribir.

—Eres poeta. Se dice que la poesía lo impregna todo. ¿También en tu teatro?

—Soy muchas cosas y en realidad no soy nada. La poesía es síntesis. Un ángulo desde el que observo el mundo y a mí dentro de él. Sí, lo impregna todo. En un cuadro yo veo poesía: armonía entre el color, la forma, y el enjambre emocional del pintor. En todas las artes creo que pasa lo mismo.

—¿El autor teatral tiene en cuenta siempre la cuarta pared cuando está creando?

—Yo sí. En forma de tentación. A menudo planeo, o me gustaría, que el personaje interpelara al público. Pero este es un recurso del que prefiero no abusar.

—Libertad, poder, venganza, amor... —Temas clásicos de la literatura y en general de las obras de arte—. ¿En tus creaciones, qué puesto ocupa la muerte?

—En teatro me he centrado en sacar a relucir las batallas que el sujeto libra consigo mismo: he escrito una trilogía en las que el denominador común es que los personajes hablan consigo mismos y con sus *alter ego*. Los temas clásicos para

mí son secundarios: vienen solos, no hay que llamarlos. En *Rebeldes del viento* no ha sido así: ahí sí que las clásicas dicotomías: *revolución/moderación* y *memoria/olvido*, vertebran la obra.

—Como en *La escalera*, de Buero Vallejo, el paso del tiempo es cruel y pone a cada uno en su lugar. ¿A quiénes te hubiera gustado tener como vecinos en esa escalera y así encontrarte con ellos habitualmente?

—JA JA JA... ¡Qué fácil me lo pones! Mi vecino ideal sería Forrest Gump. ¡Es el personaje o tipo de persona más capaz de ser feliz y de hacer feliz a quien tiene a su lado! Yo quiero ser Forrest: así llevaría mejor el paso del tiempo. No considero cruel cumplir años. Considero cruel la capacidad tan humana de poder mirar atrás y comprobar que en el camino hay... tanta hierba seca, pisada y desperdiciada. Eso sí que es cruel. Forrest no tenía ese problema.

Después de leerlo, de dialogar con él, de aprender de él, he encontrado el final de este “Letras en el ágora” en estos versos que le ofrezco al amigo Francisco:

¡Qué tarde se ha hecho!

Ahora empiezo a entender
que los cortinajes de mis escenas
tenían que haber bajado rápidamente,
o quizás mantenerlos siempre arriba.

¡Siempre la duda es más fuerte!

¡Siempre la memoria escondida
en la concha de apuntador!

Quiero hacer justicia.

No hago más que hablar y hablar y hablar
y yo quiero sentir, sentir contra viento y marea,
también el silencio,
sentir hambre,
saciar me de sombra y auroras,
y ensuciarme del viento que sopla hacia el mar,
y de la luz que ciega los espejos de tanto brillo,
y beber agua de tus manos.

¡Qué tarde se ha hecho!